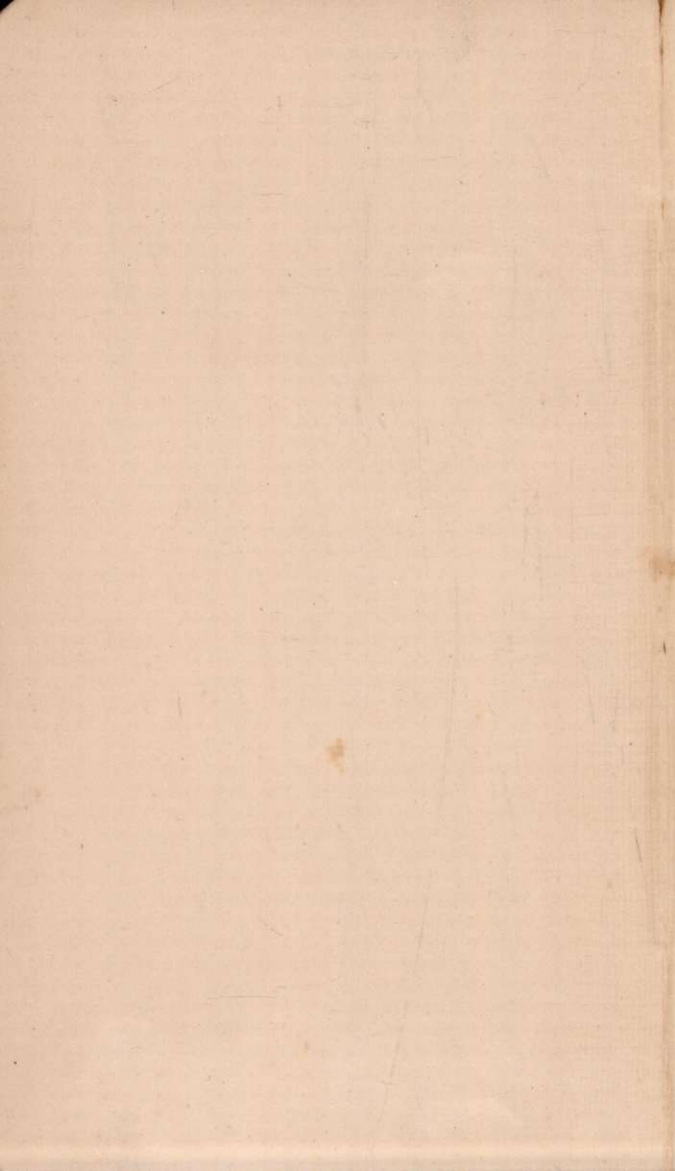


1000

8.000

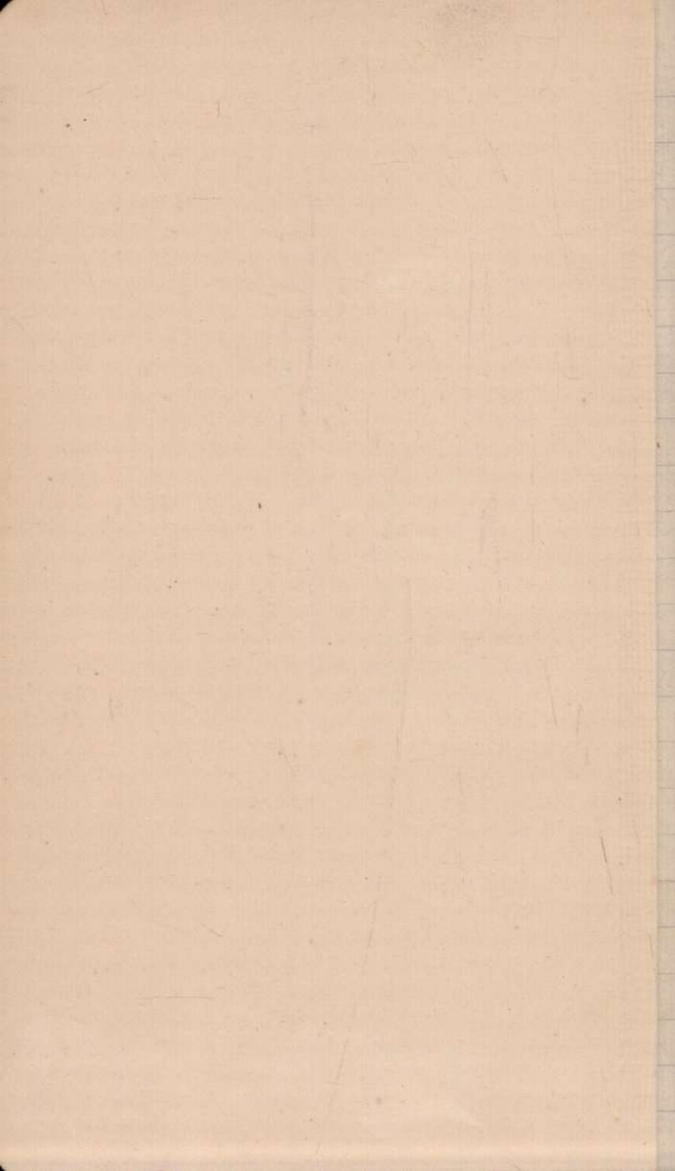
AYUT.^o ALMERIA
F. VILLAESPEA
Donación: A. MORENO

2978

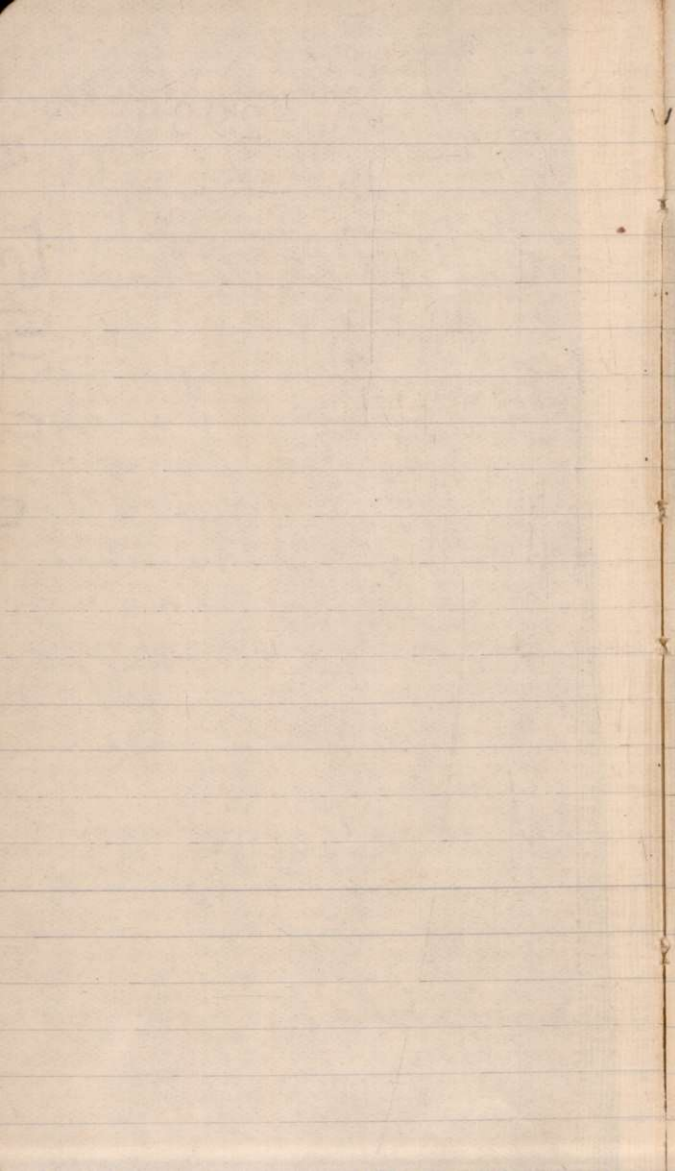


AYUT.º ALMERIA
F. VILLAESPEA
Donación: A. MORENO

2979



2980



Teatro - Volumen IV -
Francisco Villaespesa.

AYUT.º ALMERIA
F. VILLAESPESA 2981
Donación: A. MORENO

Una tragedia
florentina.

(Drama en un acto
de Oscar Wilde)
arreglo castellano
de

Francisco Villaespesa.

Porto Alegre
1 de Enero
1929

892

Personajes.

Blanca.

Maria (Cria da)

Guido Bardi, Principe Florentino

Simon (Mercader.)

La acción en Florencia,
a principios del siglo XVI.Acto Único.

La escena representa una sala
 en una casa burguesa de Floren-
 cia. Al fondo una gran ventana
 por donde se ve el cielo res-
 plandeciente de luna. Se ven
 también, a lo lejos, las
 torres de la ciudad. Una
 puerta a la izquierda. Un
 gran lecho aparece ^{también a la izquierda} cubierto de
 encajes con las cortinas necesarias
 también a la izquierda. Una
 mesa con la cena servida para

una sola persona. Lampareros,
bancos, aparadores, etc.
el levántase el telón, entran
Blanca, seguida de Maria.

Escena I

Blanca y Maria

Maria. ¡ Con toda certeza el
galán es Guido Bardin, un bello
señor, y de sangre azul.

Blanca. ¿Dónde lo encontraste?

Maria. Donde había de encontrar
le sino allá, en aquel palacio,
en una rica sala de paredes pin-
tadas... y pintados de mujeres
desnudas que habían europeo
o servir a un hombre vulgar.
Mas él, como egregio señor, no pre-
staba atención...

Blanca. ¿Como sabes tú que no es al-
gun criado, un simple lacayo?

Maria. Ahora esa? ¿Cómo es que percibo que
no existe sino por que los ángeles deben
tener un amo? Bien vi, que delante de él,

2983
Todo el mundo se inclinaba, quitándose
el sombrero, hasta barrer el suelo
con sus penachos de plumas multicolores.
Aun más me convenía, porque me crite-
raba muy secamente, mirándome desde
arriba, como se encara a alguien que men-
ta más se vera. Entonces, tu patrona
demanda esta bolsa con cuarenta mil coro-
nas? Querrá ella, por ventura, cincuen-
ta mil? O al final, cuánto será pre-
ciso para componer sus gracias?...
Blanca. Mas, realmente, contenía
la bolsa cuarenta mil coronas?
Maria. Lo que yo sé es que todo era
oro... Pero, en verdad, de tanto oro.
Blanca. Es el, el dios, a no ser un prin-
cipe, podría dar tanto.
Maria. Es el, si, señora; se lo aseguro. Es
el Señor Juredo, Juredo Bardi..
Bianca. ¿Y qui le contestaste?
Maria. Le dije que mi ~~padre~~ no vio el
oro, ni abrió la bolsa, ni tomó una
sola moneda; me preguntó solo lo que

yo ya había indagado: si el señor era
joven y hermoso; si estaba bien vesti-
do, si tenía joyas!... Le hice una reve-
rencia.

Blanca. ¿puedes decirlo?

Maria. Respondió, preguntándome:
"Sabes si ella tiene otro amante, otro
amante que no sea, aquel viejo imper-
tamente? O te doy el caso de me-
mor a tal marido, mi Dios? Im-
posible?"

Blanca. ¿entonces?

Maria. Yo me inclinó aun mas y
expliqué: - No señor. No es a él, ni a
vos, ni a ningún otro hombre a quien
ama. El señor es rico y noble; ella,
aunque no parece candorosa, es honra-
da..."

Blanca. ¿y mas que eso? Yo no te me-
nde' decirle tales cosas!

Maria. Todavía no os he dicho la
verdad. Lo que le conte fue esto: ¡Sé que
ella no ama al marido ni a ningún

que otro hombre. Y podía muy bien
 estar muera ahora, si encontrase una
 persona de mi agusto que la quisiera
 de verdad, porque ya está cansada de
 quedarse siempre sola... Ya os afirmé
 que no es rica, pero tampoco es pobre. Sabed,
 pues, que es joven... y como mujer
 es igualmente el señor... (Se para, son-
 riendo)

Blanca. Acaba, acaba...

Maná. Fui solo para mostrarle como
 me encisal contentar: el señor es
 igualmente joven. A él le agustó
 mi respuesta y me dijo: -Basta. Y si
 fuere esta noche a rendir homenaje
 a tu... no, a nuestra adorable
 duena (ve allá, y repítale como
 te oíste diciendo: a nuestra adorable
 duena) sería recibida? "Le respon-
 di que sí. Avisale entonces que
 irá, condujo; y si ella me espere, que
 me de la señal, dejando caer cualquier
 cosa cuando yo pase sus aleros." No se

proprio tonda! Ya debia estar aqui! Ah,
por alla viene! No lo ves?

Blanca, lleva venal? Que puede
ser? Ah, esta cinta con el broche!...
Clonia, predate por ahi bien paqueta...
Mas kosta que yo te llame... ten cuidado
no entres aqui!... Baja deprisa y ve
a recibir al galan, que yo creo que
llama... (Clonia sale)

Escena II.

Blanca, (entra) Podia haber escogido
entre damas de alta posicion... y
sin embargo, me ha preferido a mi...
Por eso mismo tengo miedo... Si me
miese arrastrado por el amor... solo
por la fuerza del amor... La cues-
tion es esta... Si me convenciese de
que me ama, y pudiese entonces
hacer lo que practican las señoras
de la aristocracia, y verifarme
de un marido que no sabe apreciar
la belleza!... o lo que si... Si me pasara
de un picaro cualquiera, un galan-

teador de costumbres que juegan
con los pobres plebees...

Escena III

Blanca, Guido y Clara.

(Clara abre la puerta para que Guido penetre, y después se va ella.)

Blanca. Señor, supe que pretendiais comprar alguna cosa de lo que tenemos aqui. Mi marido no está; mas mi obscura fortuna me torció penita en ese negocio de terciopelos, sedas y brocados. Creo que ofrecisteis unas cuarenta mil coronas o cincuenta mil, por uno se cual de los objetos que presento y que pueris obtener. Debe ser, sin duda, en verdad una maravilla de labor que Simon adquirió recientemente. Es un damasco de Luca, cuyo tejido es de plata bordado de rosas. Ya que ofrecisteis cuarenta o cincuenta mil coronas, solo puedo ser esto. Con vuestra licencia, voy a buscarlo.

Guido, no! no! Es un precioso mil

grande un arte mas sorprendente
que todos los de Suiza; nunca
pense en ningún damasco
trabajado por tejedores, jam-
bados. Si tales estofas llegan
a valer cincuenta mil coronas,
me siento avorazado... pues
lo que pienso comprar es un par
que naturalmente costará mu-
cho mas de cien mil...

Blanca. Bien mil, Señor? No tene-
mos aqui semejante mercaderia;
por ese dinero, el pobre Simon
os vendria todo cuanto existe en
esta casa. Solo el pensamiento
de tal suma ha culpacerá
los pobres mercaderes como nosotros.
Guido. Todo? Vendria todo lo que
esta en esta casa? Ollas, todo? Bras
y persona?

Blanca. Si, señor; todo lo abgeto y
todo superfluo, con la excepcion de
el mismo. No caideis que Simon

estime mas una mujer que un
tercio pelo, o una esposa mas que
una ortufa de rico tejido de plata
Guido. Pues en ese caso, deseaba rea-
lizar con el, inmediatamente,
un negocio.

Blanca. Ah, el otro amante; ya o-
lo dije, y es probable que basta
duerma fuera. Yo, pues, señor, pue-
do mostrarle todo lo que tenemos;
medir la hacienda y dar el
precio...

Guido. Alas no entendistes, pre-
es a ti mismo, Blanca, lo que
quiero comprar...

Blanca. Entonces es solo, en Simon,
un señor que puede negociar.
Venderme yo por una seria practica
el otro pero me repugna en este
mundo. Buenas noches, mi cora-
zon, siento mucho que no me
sea posible seros agradable.
Guido. Por piedad, no me haga eso!

Deja que me quede, y perdóname
en este lamentable papel de repre-
sentar al negociante que refuta
el precio, como si tratásemos de
mercaderías...

Blanca, Señor, es inútil que quide-
is... no hay razón para ello!

Guido, mi sarmarastu! elli'ci-
sin perfecta, incomparable, ab-
soluta eres tu! Tu eres, no solo
la causa por que me quedo,
sino la excusa, el fin unico de
mi vida, porque yo nací para
amar las cosas mas bellas!

Blanca, Si; para comprar las mas
bellas cosas... que pueden ser
vendidas...

Guido, Eres cruel, Blanca! Me
cubres de desprecio... Mas te afir-
mo: que nací para amarlas a
ti, que no tienes precio, que nací
para llevarte a cualquier
mercado... ni como las cosas

alados, que vuelan y alazan entre
los planetas o alrededor de la
Tierra...

AYUNT. ALMERIA

F. VILLAESPESA

Dezola: A MORENO

Blanca, ¿al natural, o cuánto ha-
bito de comprar al amor, o afe-
lla que se ofrece al mundo bajo este
velo, que mal podréis concebir me
hay un amor sin precio... Además,
¿quién el ser no haya estado en
la venta, fuese de sabido que fue
vendido en una feria...

Guido. Esta es la historia que tu
amable espíritu inventó para
bromear conmigo...

Blanca, del matrimonio, renova
pero no percibís que me refiero
ahora al casamiento... este
mercado común, donde fue un
marido representado o pillado de
haber efectuado un excelente
negocio...

Guido. Demoniaco de cascarrabias!
(Como le odio en toda mi alma)...

Blanca. Olla, mirad, que fue mu-
cho mas habil comprador que vos.
Bien sabia en quien debia tratar, y
no me hablo de dinero, mas hizo
sonar el luciente metal a los o-
idos de mi padre... Aun solo me
prometio amor, amor honesto y
libre, y sin precio marcado...
Guido. ¡Oh, candida Blanca, deslum-
brante como la Luna! La candidez
de tu alma pura y de tu fuertemente
aspirita, revelame toda mi ver-
guenza, y obliga al ser que yo
era hasta hace poco, a huir como a
una sombra del ser que soy ahora.
Blanca. Os dudo, lo de la sombra?
No perdais palabras en lo que me
sombra hoy o haya hecho... Es
posible, por necesidad, que la juven-
tud, la fuerza y el amor, se asusten
de mil pesadas fortunas y desapa-
rezcan por un tiempo, y se des-
lucan para siempre.

Guido. Ah, estoy convenido de que la
 Legítima nobleza no está en el pa-
 lacio. Allá, en la corte, están los es-
 trallas; aquí está la Luna, cuya
 esplendor sereno transforma la
 noche en día. Estoy harto de da-
 mos... tufaces, porticulis de luna.
 Ahora me siento inundado de gloria
 al ver la Luna...

Bianca. Saber, señores, que tengo
 rechazado gruesos sumos. De
 oro sólido, y no voy a vender
 me ahora por frases de lentu-
 chos...

Guido. No me hablo, mas así,
 espiritual y divina Blanca!
 Ve que traigo un laúd. Bierva la
 puerta... Cenaremos con la Luna,
 como príncipes persas que en
 Babilonia cenaban en los jar-
 dines suspensos del Rey. Yo sé
 un dulcísimo aria que es capaz
 de elevar el alma al cielo, como

apuellos jardines pendientes.
Blanca. Ni mandas pueda entrar.
No estamos seguros...

Guido. Pues no dijiste que pernocta
ría fuera?

Blanca. No es cierto; díjome que
tal vez pernoctara fuera. Mas
si no viniera, también mandaba a
mi tía para pasar la noche
conmigo, como de costumbre. ¿Ella
no vino aun?

Guido (arechando) ¡Pshh!... ¿Que
es aquello? (Escucha, oyese la voz
de María, vagamente como regu-
nando en el jardín)

Blanca. No es nada. Es María que
separa con alguna otra grutona.

Guido. Me parece que la otra voz
es de hombre.

Blanca. Ya paró todo. Estas viejas
tarasca, tiene a veces el hablar
fuerte y grueso, ellas debían mar-
char ya, mi señor.

Guido, ou, mi dulce Bianca, como voy
 a' dyarte ou esta hora! Tu l'erno
 una fessura mi ap's!... illis ap's
 pestido de amor, davoran tus
 encoratas... Mas tu exirita, con
 perfume exhalado de un boton, abo-
 ra ya es flor, y luce alvado a la
 primavera forada; como puedo ale-
 jar me entonces de la flor, que
 amaba ya desde que era hoja?..
 Hasta hoy era el principe mas
 rico de Florencia; a partir des-
 de este instante soy un apasio-
 nado que preferia huir de la
 ciudad, abandonar el poder y
 esconderse en retiro en Belloguor-
 do o en Fiesole, donde los rosas en
 su maravillosa profusion ocultan
 quinta de mar mar, cujas fiores
 misas guardan aun los versos
 del Decamerone, y donde tam-
 bien tu rosa habia de renacer
 alegremente. Dime por me

amoras, y por un beso silencioso
entendí que en el alma esta corte
sa consoladora...

Blanca. Podéis definirme qué es
el amor?

Guido. El amor es la conformidad,
la unión de dos espíritus, de dos
almas, de dos corazones, es todo lo
que piensan, esperan y sienten.

Blanca. Entonces, los amantes
deben ser muchos... pues, los que
piensan, esperan y sienten uni-
dos, como si fueran una sola
vida, nada tienen que comuni-
carse el uno al otro...

Guido. El amor? Qué es el amor?
Es el enlazamiento de dos naturas.
Es el encuentro de dos mundos en una
permuta sin fin.

Blanca. Pero en mi mundo
justa del mercado, donde los
dos mundos, el de el Este y el de
el Oeste, permutan...

Guido. El amor es el amor, un
 beso, abrazo íntimo. Es...

Blanca. Para mi marido, el amor
 es una cosa mas sencilla; es la
 pena de la demencia.

Guido. Veo que mi espíritu no
 resiste al tiempo. Quédate
 conmigo mas que no me vsta pa-
 ra un viejo reirongon. Estoy se-
 guro que mas que todo lo que
 pierden por la ancianidad
 y el vil trabajo, valdrán, para
 una hermosa jovial y
 brillante como la tuya, mi
 juventud, mi fuerza y mi con-
 que.

Blanca. ¡Bravo! Muy bien! En-
 o que ese pobre diablo no osara
 enfrentarse con vos, cara a cara,
 como los lechuzas no se atreven
 a mirar al sol. El es como la
 sombra merquina y agobiada, que
 una figura como la vuestra pudie-

ra proyectar en un montó de
barras, a la vera de un camino
pues si cayese sobre un albañal
ya tendría un aspecto mejor
que el suyo.

Guido, tu monjeon ambulante,
siempre con el temor de perder
te, se ha apoltronado, y debe
andar siempre desespando.
Son siempre almas tristes, y
deshonestas, aquellas que, co-
mo galeotes del destierro, mi-
ran y envidian, desde el fondo
de su cárcel, la dignidad de los
otros. No aprecian ningún
alimento; saben sólo lo
que cuesta el que se come.
Blanca. Soy la hija de mi
padre; quiero decir, que
ante los ojos de mi marido,
continuo siendo una muchacha
chita melindrosa a quien
se le enseñó a hilar. El no se

la cuenta de que tengo un libro
que obliga, a vos y a otros este
fiador, a mirarme cuando
paso...

Guido. Tu noche es mas oscura
que la que pensaba, risa en estrellas,
Blanca. Para todo el dia fuera. Ba
ando entre, viene malhumorado, siem
pre refunfuando, y sin talador
a nadie. Apenas sus ojos se en
cuentran con los mios, siento, si
empre en afliccion, que calcula
el precio de aquello que
ostento.

Guido. Olvidalo completamente.
Acompañame. Fluye de esta exis
tencia insulsa en que te consu
mes. Sal de esta prision, como
brillante que riposa rompe con
tela de araña, y ven a esmerarte
comiendo en una cuna de resaca, don
de nos amaremos como a los
vidos que hasta hoy arrastra-

bamos fueren menos demonia-
cos, deshechos en un jubileo
día de nueva era, limpia y
radiosa.

Blanca. Y he de dejar esto?

Quido. No vaile, más! Ven! Los
que piensan en malos sueños
pierden el tiempo. Fuereis
hacia unas colinas azuladas
de oros purpúreos.

Y entonces, aunque lo, personas
que tuvieron en sueños, malos
vivan aun, han de desvanecer-
se en la distancia y no se
mostraran mayores que el
mos pequeño gramo de tipo
que se esconde a la vista de
un pájaro y silencios, pa-
recerán, lejos del oído, esas
voces que podían despertar
nos, si mirásemos para atrás
nuestros sueños, en el fondo
de nuestras góttas floridas de

sólo, en lo alto del óleo, nos
preguntamos el uno al
otro si lo que vemos es cir-
to o es sólo un cuadro, y si lo
tristes vides, oscura, continuamos
allí abajo mordiendo de una
lucia. ¿No quieres venir, Blanca?
¿No quieres? (Ruidos en la escalera.
¿Quién es? (Abrense la puertas, se pre-
sente como sorprendidos, enfrente
y el marido entra.)

Escena IV.

Dichos y Simone.

Simone. ¡Mi buena esposa! ¿Porque
te aproximabas tan vagarosamente,
cuando lo natural sería que
corrieras al encuentro de tu ma-
rido? Mira el manto. Tómalo an-
tes este envoltorio. Cuidado, que
pesa bastante. No vendi nada hoy
sino un rizo de invierno al
Miguel del Bordenal, que espe-
ra usarlo cuando el padre

muere... y cuenta que es un
tordon... ella... ¿quién es este
muerto? Ah, no hay duda... es
naturalmente algún amigo...
un pariente de certaron
que vuelve del extranjero y vie-
ne a llorar a un hogar abierto
que lo avisa... disculperme, pa-
ciente: hogar sin huésped es
casa vacía y sin honras, copa
sin vino, bahina sin espaldas,
jardín sin flores, vides de
sol... Aun por stravelle
pido mil disculpas, amable
primo.

Blanca, No es nuestro parien-
te, y mucho menos primo.
Simone, Ni pariente, ni pri-
mo... En me avertis! ¿quién
será entonces, pre em tanto
gracia se dispone aceptar
nuestra hospitalidad?
Guido, Mi nombre es Guido P...

di.

Simone, ¿Cómo! El hijo del poder
 de Florencia, cuyos torres
 solennes, como sombras plateadas
 por la luna errante, contemplan
 siempre, todos los días, desde
 mi ventana? Señor Guido Bardi,
 sed bienvenido, do veas bienve-
 nido, a esta vuestra casa. Estoy
 cierto de que mi honesta es-
 pa, de la mas honrada, aunque
 poco graciosa, no os habrá fa-
 tidiado en futilidades, como
 hacen todos los mujeres.

Guido. Tu gracia señon, cuya be-
 llez es la lampara que hace
 palidecer a las estrellas, y han-
 ta a Diana los dardos, acibo
 me en corteia tan amable
 que, si ella y tu me lo per-
 mitierais, vendria muchos veces a
 esta casa. Y cuando tu salieras
 por tus negocios, aqui me ven

tonia por tornar encantada
ra su soledad, ... salvo si' Blanca
se afligiese en eso por
tu causal... ¿Que dices, buen Simo
ne?

Simone, mi noble señor, me
hacéis honor tan grande que
mi lengua, como lengua de cecle
ro, esta presa y turbada, y
no puede pronunciar la
palabra que deseo. Pero sería
falta de cortesía no daros
mis agradecimientos. Agra
descoos, pues, desde el fondo
de mi corazón. Sin otros co
mpos ante, mi Señor, lo que
pretalieren un Estado, cuen
do un príncipe de tan alta
nacimiento y de figura
tan bella, olvidando las
diferencias de la fortuna, se
digne visitar la modesta
vivienda de un honesto burgués.

como uno de los mas leales ami-
 gos. Y en verdad, se tiene que re-
 ser demandado osado. Otro
 dia cualquiera esperamos
 que vendreis como amigos; hoy
 aqui estais como parroquianos.
 No es asi? Tengo todo cuanto
 deseais: sedas, terciopelos,
 brocados, lo que quisiereis.
 Piensa hasta que poseo algun
 objeto raro que os interesará.
 Es exacto que yo es un poco
 torpe; mas, nosotros, pobres
 mercaderes, trabajamos a
 veces de dia y de noche, por
 ganar cualquier cantidad. Pa-
 gase mucho impuesto en to-
 dos los puntos; los apren-
 dices son inabiles; y hasta
 las mujeres carecen de practica
 bastante, aun cuando Blas
 en me haya traído este
 noche un tan magnifico

y rico comprador. No es en
Blanca? Estoy, pues, perdién-
do el tiempo... ¿Dónde está mi en-
voltorio? ¿Dónde está? ... ¡Abre-
lo, Blanca, mi buena espos-
a! Desenvuélvelo todo... Es me-
jor para ti inclinar. Es más
fácil así... No, no está; es
la otra... Vamos deprisa! Los
feligreses con siempre se im-
patientan... no les gusta co-
perar. ¡Ah, es este mismo!
Bueno... en cuidado... Es de
los más valiosos. Tómalo con
precaución. Aquí está, mi
señor, es lo voy a mostrar
si me dais licencia... Es un
damasco de Bucca: el tejido
es de plata; y los resortes
bien bordados; tan perfectos
que solo les falta perfume
por encima, a lo más
astutos! Tómalo, mi querido

si es que es comparable como el
 agua y fuerte como el brío
 de los ríos. Y los ríos ¿que le
 parecen? ¿Están suavemente
 tejidos? ¿Como
 que los ríos que producen
 los mejores vinos como Prosecco
 como el Fiesole, no ofrecen
 flores tan hermosas para
 el viento de la Primavera
 o si la dan si por verlas
 marchitas y después mu-
 ras. Tal es el destino de todas
 las cosas vividas que se expo-
 nen al viento y a la lluvia.
 La propia Naturaleza divide
 se que hace la fuerza a
 sus obras más bellas y como
 el viento mata a sus propios
 hijos. Ah, mi niño; ved más
 de una. Y notad esta singula-
 ridad: en este dominio el
 otoño es perpetuo; no hay

en invierno que luego me archi-
tar estas flores. Costome
cada vara una moneda
de oro, y oro viejo, del buen
mo, producto de mi econo-
mía.

Quide. Basta, mi buen Si-
mone. Estoy satisfecho. Ma-
ñana mandare que a mi
criado que pagara el doble
del precio.

Simone. Ah, mi querido
Príncipe! Os heo las ma-
nos. Y ahora me acuerdo de
otro tesoro que tengo escon-
do y que es preciso mostraros.
Es una ropa de ceremonia, obra
de superfino artista veneciano.
El dibujo es de terciopelo. Las
granadas son tejidas de perlas, cada
grano por separado. El cuello
es enteramente de perlas también,
y tan unidas como en mosquitos.

en las calles en los noches de verano,
 y mas albas que los lunes
 que con los locos a través de
 las verjas de la montaña, en
 magnifico rubi' arde como un
 cañon encendido en medio del
 corchete. Es garantido que
 ni el Papa parece una piedra
 como esta. Ni en los Indios
 se encontraría igual. El bronce
 es de un arte insuperable. Ca-
 llini no ciñelo nunca: joya
 mas santuosa por lisorgiar
 al g. g. Lorenzo el Magni-
 fico. Parece que fue hecha por
 vos, mi Principe. No como en
 en la Ciudad pien sea mas
 digno por vos de esta marav-
 lla. G. de Medici, muy ben.
 De un lado, un satiro de br., alto
 y negro y cornifero, salta, por
 apresar desde de algun mi-
 ta de plata. En el otro lado, esta

el Silencio, muy grave y discreto, con un globo de cristal en la mano tan pequeño como un granito de trigo que se escondiese a la vista de un pajaro: todo tan bien tejido que se diria el Silencio respirando o conteniendo la respiracion. Oh Blanca, ve si no le sentiras admirablemente esta ropa a un galan tan bizarro como el señor Guido Bardi. Fídelo fue la composicion. A ti no te causara nada, siempre al costo sea preciso solo para principen. Y creo que el mundo sera solo mision.

Blanca. Piensas, acaso, que voy a aprender tus chacharas? Profundamente he de examinar el valor de tus ropas de terciopelo? Guido, no te molestes, hermanita Blanca. Voy a comprar el traje y todo cuanto el hombre

todo ricachón pretenda
venderme. Los príncipes de-
ben pagar su tributo; y felices
de lo que caen en manos de tan
solicito paucifinista...

Simone. Acepto tus censuras,
Páloma. Mas, caro señor, con
porras o no? Cuarenta mil
coronas; casi el costo. Mas con
ocho o una rebaja; a lo de ja-
re por cuarenta mil, es ele-
vado el precio? Intenciona-
te dar? Deseo vivamente
ver en este traje, verda-
do prodigio de arte, en medio
de la noche, personajes de
la Corte. Seréis así floren-
te flores. Dicen, señor, que
en damas de buen linaje
quedan fritos de vuestra fru-
cia, que, a donde quiera que
vay, andan como enjambre
de moscos en torno de vos.

De' tambien narrar por hay
monedas que ostentan en la
calera cada aparato... y
hasta que los lleven con enva
recimiento. Nada sin duda
que no deja de ser de los mas
extraños...

Guido. Simone, me tienta en
la lengua. Olvidos que este
donde no tiene los vidros acos-
tumbrados a nunca tan gro-
sora.

Simone. Es verdad, me habia
olvidado; no le ofenderé más,
ella, mi amable señor, compra
is o no compra esta ropa
Son solo cuarenta mil coronas
una minucia por quien
es el heredero de Heron Bardi
Guido. Hacer negocio manana
comunicando Antonio Costa
Vendria a buscarte y te daría
cien mil coronas, si tanto exigiera

eres,

Simone, 'Bien mil cornes! Oh, Señor! Entad ciento de que pa-
ra toda la vida y por me to-
do seré vuestro Señor. A
partir desde este momento, no
solo mi casa, sino todo cuan-
to hay en ella es pertenecer
todo a vuestro. Y solo vues-
tro!... 'Bien mil cornes! colli
espiritu se tuta. Seré el mas
cuotioso de todos los mercaderes.
Comprare tierras, vitas, fan-
dinas. Todas las industrias de
Italia, desde Milán hasta
Sicilia, serán mías. ellas
serán también los perlas
que los mares Arabiques gu-
ardan en sus cavernas. Bien
ciosa, Generoso Principe, es-
ta tarde, sera el mensajero
de mi amor. Y este amor
es tan grande que os dura

todo cuanto me pida.
Guido, ¿si te piden este
candido Blanco?

Simone. Etaiis bromeando, mi
señor... No es digno de tan
gran Principe. Quisó solo
por los placeres domésti-
cos y por hilar. No es así, mi
buena esposa? Es an' mis mo.
¡Pobrecita! La ruca te espere.
Sientate, e hilar. Las mujeres
no deben estar nunca ociosas.
jamás sin hilar. Los dedos
poridos toman el corazón
indiferente. Sientate.

Blanca. ¿Por qué he de hi-
lar?

Simone. Alguna ropa, que, teni-
da en plúrpura, pueda engalanar a la
tristura para que se consuele... O
cualquier paño de largas franjas. En
vuelto en el cual una criatura recién
nacida y manosa pueda llorar.

a su antiguo. O sino un vistoso
 tejido que, perfumado de plan-
 tas odoríferas, sirva también
 de mortaja. ¿Hilo, en fin, lo
 que quieras... pero me empre-
 ta lo preña, preña hilo...
 Blanca. La línea fina rebentó
 la media, monotonía esta causada
 de tanto andar. La media, mas-
 todavía aun, ha trabajado dema-
 siado... No: esta noche us hilo.
 Simone. ¿Que importa en? ¿Hilo
 por mañana, lo que conviene
 es que cada día te encuentre con
 la media en la mano. Fue así
 como Tarquinio encontró a
 Lucrecia. Fue tal vez de ese
 modo como Lucrecia expuso a
 Tarquinio. ¿Quién sabe? Oigo
 por ferir los mis, exquisitas sen-
 tencias respecto a los esposos... Y
 ahora, mi señor, ¿que nuevos nos
 dais del mundo? Contáronme

hoy en Lima que algunos nego-
ciantes ingleses estan vendi-
endo lanas a precios muy in-
feriores a lo de la ley, y que
ya pidieron audiencia a la
Senoria. Sen posible? Debe
el merceder ser como en Lobo-
pan el merceder? Y sera lici-
to que el forastero venga
aqui, armado de privilegios
y de astucias, a perjudicar
nuestros intereses?

Guido. Que tengo yo que ver, Si-
mone, con los traficantes y sus
transacciones? Soy yo, en vez
de vosotros, el que estis obligado
a ir a la Senoria a discutir
este asunto? Debo yo tambien
emparejarme con el comer-
ciante, y comprar a locos y ven-
der a especuladores mas locos
aun? Querads Simone, venta
de lana, compra de lana... en es

refreio para vosotros. mi arco
tame otras cuerdas.

Blanca. Noble señor, disculpas
a mi pobre marido. El anda si-
empre con la preocupación de
sus hijos. Su corazón solo late
por el precio de la lana. No le
hagais caso. Al pesar de todo, no
es malo, y hasta sabe tratar
a la gente. (a Simone) No tiene
vergüenza? Viene a nuestra casa
un príncipe tan gorgeous y tú
le recibes tan desentusnando,
en esas conversaciones de mer-
cado? Ande, pídele perdon...
ande!

Simone. Señor, os pido humil-
demente que me perdonéis. Hable-
mos de otros asuntos. Si decir
que el Santo Padre manda una
carta al Rey de Francia, instan-
dole a atravesar los Alpes y
venir a celebrar la paz en Italia?

Ahora, esto he de ser peor que la guerra entre hermanos... y mas sangriento que una guerra civil...

Guido. Oh! Ya estamos aburridos... cansados de ese Rey de Francia, que habla siempre de venir y nunca viene. Y que tengo yo que ver en eso? Hoy otro interés, mas intimo y serio, que me preocupa, buen Simone.

Blanca. Tu desagrado a nuestro gentil huesped... Que nos importa el rey de Francia, nos fue los negociantes ingleses y su lana?

Simone. Entonces, es asi? Todo ese mundo poderoso queda limitado por los muros de esta sala? Donde se encuentran tres pobres almas? Momentos hay en que el universo, como un paño en la tina de cualquier tintorero...

pero, se arriega en la palma de una
 mano. Acaso nosotros estamos ahora
 en ese instante. Es verdad, el lun
 verso está encerrado de apuro. Que este
 tumulto de aparentes sea uno de esos
 encierros grandiosos en que
 mueren reyes, y vuestros inmue
 bles premios disputados por
 los Dioses. No se, al final, porque
 estoy hablando así. Es que un
 jornada de hoy me fatiga bas
 tante, ahora recuerdo que
 mi caballo tropieza tres veces;
 y esto es un mal presajio, lo
 que siento, que cupero es esta
 existencia! En que mercurio
 mercado no vendieran! Cuán
 do nacimos, lloramos por nosotros
 nuestras madres: y quién lloró
 por nosotros cuando muramos?
 ¡Vadía! (Se aleja al fondo de la
 sala a poner en orden los en
 (10101)

1003
Blanca. Por un feniente ave-
nido no se expresa mal; ¿Gu-
mo le detesto de alma y de cuer-
po! En su cara, pero en vello
la cubordia. Las manos, más
suavilento que las hojas de
los chopos bajo los vientos de
la Primavera, tiemblan de
paralisis. La boca suelta al
tartamudear una baba in-
munda de palabras vacías y
sucias, como agua de sumide-
ro.

Guido. Dulce Blanca, el no está
a tu altura ni a la de mi
espíritu. Este tendlero no pa-
sa de un pobre y honesto es-
clavo, llenado de bellas frases
por la mercancía de la
vida, sabiendo vender por
tres veces más de lo que le
costó conseguirlo: un parlón
chero, en suma, perdido en un

Mundo de palabras... Nunca vi un
 peul mo. locuar!

Blanca, Ah, no se puede no que
 lleva la muerte aqui mismo.

Simone, Quien hablo de la Muerte?

! Que nadie evoque aqui a
 semejante señora! Y que han

la Porce en este case tan feliz
 teniendo solo por escoger una

esposa, un marido y un amigo?

Que vaya a esos palacios donde
 hay vilesa, adulterios y donde

costas expostas, fastidiados de
 nobles señores, abren los corte

mpes de los lechos conjugales
 y sobre colchones enorme

do se entregan dolosamente
 a los mas repugnantes bajie

nios... Ah, es horrible, pero es
 verdad! Vos, señor, no conoce

is el mundo, sois enfermo y
 humido, y a lo se. y antes no
 fuere asi. Mas la sabiduria

solo apunta en los inviernos.
Ahí mis cabellos se tornan
ya grises. La juventud se
va. Dejemos, pues, estos temas
tristes. Este ^{aprove} ~~como~~ lo reservare-
mos al placer. En verdad,
estoy alegre, como es natu-
ral que le ocurra a un hos-
pedero, (me al regresar de
la lucha diaria enfadosi-
ma, se encuentra un caballo
so tan gentil, me misera-
blemente, ha venido a salu-
darle con tanta amabili-
dad. (Repasando en el la-
do) ellos. que es esto me ves,
mi querido ventor? Como
es posible! Trajisteis nuestro
lond y vais a deleitarnos?
Oh, Principe gentil, taned
ese instrumento de los divi-
ses! Perdóneme este osadiaz,
Principe admirable; tocad,

tocad, señor!

Guido, No... hoy no me place:
 atró dic, Simone. (A Blanca)
 Yo solo teoriza si estuviésemos
 solos, bien juntos, sin nadie
 que nos ayude, a no ser las
 estrellas y la luna con sus
 celos...

Simone, Oh, mi señor! es lo tu-
 gílico... por quien eres. Diga
 contar me con la simple vi-
 bración de una cuerda o con
 un soplo delicado en un can-
 to, o en frías aberturas, de me-
 tal pulido, lo me con eximi-
 es en ese arte divino, nunca
 paces de arrobatar los pobres
 almas de arte para los otros
 mundos... Dijeronme tam-
 bien me en ese instrumento
 se veulta seductora ma-
 gica... y me ella es bastante
 para me se abren los ventos.

nas... y la ventada. Truenos
cia pluma la toja de pa
rra... en los cabellos... y des
varie como una Merced.
lla, no nos detengamos en
estas tediosas consideracio
nes. Se mi señor, que
nuestro laud es casto. Por
eso, pido que toques. En
canta mis oídos en alguna
melodía!... Luego el espíritu
como en un extasis y sa
do la música produce curar
me de esta angustia. Oh,
mi buena Blanca, mi ho
nestísima esposa, pide
al Príncipe que toque
Blanca. No seas importun
no. Nuestro divino hues
ped tocar donde y cuando
mejor le place, no le dis
gustes en tu sabia existen
cia.

Guido. Flourado Simone, a tan
tarde aulpiem tocare. Por
hoy me entanto con esta ma
rabillosa y acentadora voz
de Blanca. Cuando ella ha
bla, enternese y torna ama
roso hasta al propio aire.
Y no se como es que la tierra
no pora ni deuen o, maravilla
da, no fija su cielo en torno
a tanta bellera.

Simone. Vos la lismyeais,
señor. Ella tiene virtudes
como la mayor parte de los
mujeres; mas la hermosa
es una piedra preciosa que
ella no puede exhibir.
Por felicidad nuestra, es así.
Muy brevemente este caso, señor,
ya que no pueris trasportarme
al cielo en vuestro dulce
oído, al menos beberéis
conmigo alguna cosa. (En

duela' juntos a la mesa y
le da su propio lugar en ella.
Nuestra mesa esta puesta. Blanca
traeme un asiento. Bierra
los portigos. Atranca bien la
puerta. No quiero que los
curiosos del mundo asiechen
nuestro placer. Ahora, mi
Principe, espero que nos hagas
un brindis. (Retrocede como
expulsado) No se mancha
esta del mantel! Parece tan
bermeja como las llagas de
Cristo! Será una mancha de
vino? Le oido decir que cuan-
do se vierte vino se derrama
tambien sangre. Mas esto es
para de ser una loca super-
stición!... Mi señor, espero que
me una or agrade. El vino
de Napolis quema como
sus montañas. Nuestras vi-
nas, toconas dan un jazo

mas suave...

Guido. Me gusta mucho, Simone.
me. Tu vino es excelente, Per-
mite, pues, que beba a la salud
de Blanca, mas despues que tus
labios de coral, como petalos de
rosas hayan tenido en esta co-
pa, un transformando an' este
licor en mas dulce que el vec-
tor de los Dioses. ¡Prueba, Blan-
ca! (Blanca bebe). Oh, lo miel
de las abejas, libreas, compendio
en esta bebida, es amarga. ¿No
mi caro Simone, no tomas por-
te en esta festa?

Simone. Es misfala, mi' reitor
no puedo beber ni comer con
vos esta noche. No se por
humor o que fiebre me esca-
da la sangre, siempre, en mi
tan atemperada... No se por
pensamiento, como vibora, ven-
treo de aqui para alla, y

1008
como fuego me penetra de adu-
la en células, al corazón...
y me envenena el palador...
y en vez de apetito siento
amorfo... (Alejan)

Guido! Dalia Blanca, este
vulgar mercader me mole-
sta en sus oídos... Es
mejor que me retire. Vol-
veré mañana... Dime a
qué horas puedo venir...

Blanca. Lo mas temprano
posible. No respiraré ho-
ra que me veas otra
vez...

Guido, Oh, detrás el crepuscu-
lo de tus cabellos, y en em-
brillos, que son tus ojos re-
fulgentes, dejame ver, como
en un espejo, mi imagen.
Guenda Blanca, cuando sea
apenas una sombra con-
servome allí, y no más.

para verla nos fue su vez
para mí. Tengo celos de
toda la que tus ojos perci-
ban...

Blanca. Quedad tranquilo;
vuestra mujer sedora con
migo para siempre. El a-
mor puede traducir los
tránsitos insignificantes
en una señal de salvación.
...ella, venid antes que el con-
to de los fallos despierte
todo un mundo de irra-
dones. Yo os esperaré en
la escalera.

Guido. Y por una escala de
gala de seda escarlata y re-
camada de perlas, descen-
derá para encontrarme, ... tu
pie muy blanco signifiendo
la blancura de tu otro
pie... como nieve en un
rosal...

Blanca Como guineas...
Saben que voy vuestro,
por el amor o por la
muerte.

Guido. Simon, me voy ya.
Simone. Tan pronto, señor?
Por qué? La gran campana del
Duomo no suena aun la ma-
día noche; y los centinelas que
en sus corchetes acostumbran
a fastidiar a la pobre luan-
ta Blanca, adormecen en
las faritas. Recelo, señor, que
no podamos tener la ventu-
ra de volver a veros... y
esta infortunada embriaga
el corazón.

Guido. Ah, Simone! Ya te dije
que confías en mí. Seré constan-
te en mi amistad. Pero esta
noche preciso volver a casa
sin más dilaciones. Hasta
mañana, dulce Blanca.

Simone, que se va a hacer, ...
deseara conversar mas tam-
bi en vos, mi nuevo amigo, mi
digno huésped. Por lo que veo
es, ahora, no es posible. Natu-
ralmente vuestro padre os es-
pera, ansioso de veros, de ver
vos y vuestro pasaporto, pre-
sente el único hijo, no? Sois
vos, por lo tanto, el precioso
representante de la ilustre
estirpe, la flor de un jardín,
donde, además, nacieron
herbas tan ruines. Sabéis
que los robins de vuestro pa-
dre no gustan de él. Y que
lo prefieren a los terribles
viperinos de Florencia. No
deese decirle mas, que eso,
no, bastele además, de que
vuestros primos envidian vus-
tro patrimonio, y que en-
caban vuestros viñedos en

ojos chi, peantes, como
 Achab miraba el campo
 suprimido de Naboth. Mas
 tal vez ^{lo que es lo que} ~~plumier~~ y cuantos de
 una ciudad donde los muje-
 res hablan de mariados. En-
 tonces, buena, noche, señor...
 Blanca por una vela. La
 escalera está llena de agujeros,
 y la luna parece una merqui-
 na que un avaro, y oculta re-
 detras de obscura mailara, como
 los cognos, cuando salen a tem-
 por. La perdición de alguna crea-
 tura desfronada. Ahora, señor,
 voy a darte vuestro manto y
 vuestra espada. Es justo pues
 sirva en placer. A vos sea tan-
 to ennoblecáis este pobre
 mundo de burgueses, que bebís
 téis de mi vino, que coméis
 de mi pan, y que nos can-
 trivistes un día excepcional

hora de vuestro familiaridad,
 allí estaré y yo hablaremos de
 venidos por los tiempos de
 esta bella noche y de los
 grandes acontecimientos que
 para nosotros acaban de pasar
 aquí. ¡Dios, qué nos! ¿Que espada
 de vuestro señor! Temple de Fe-
 rro, flexible como la serpiente,
 y no duda que será ma-
 rital para ella. Con esta arma
 no se teme ningún drama cotidi-
 ano. Nunca tape la luna,
 tan delicada! También tengo,
 señor, una espada, aunque
 ya comida por la herrum-
 bre. Nosotros, hombres de paz,
 sólo aprendemos la humildad,
 callamos cuando tardos, no
 nos guiamos de palabras
 injustas, y sufrimos en su
 presencia los mayores in-
 dignidades: todo esto aprende.

mos en la vida, y, como el
paciente Gordio, hallamos
nuestro provecho en el podien-
miento. Y, en tanto, me acuer-
do que una vez, en el cami-
no de Padua, intenté un
ladro robarme un burro
de carga; le corté el cuello
y le dejé tendido en la
estrada. Puedo reportar la
deshonra, el insulto en
público, todo cuanto es ver-
guenza, o emblecedor despre-
cio o insolencia desabrida.
Uso aquel que me robe
alguna cosa mía, sea lo que
quier, siéntese cuenco en
que como, ese fatalmente
juegue en un gran peligro
su alma y su cuerpo, y
ha de morir por lo que
hizo! Ved, tened, de que esta
na ancilla estamos nosotros

plasmados!

Guido. Porque hablas así?

Simone. De mi por mi
propósito, si por acaso este
vuestro hierro es de mejor
temple que el mío? Queréis dar
me una prueba? O mi embi-
cun es demasiado bajo pa-
ra que vos os dignéis cruzar
armas conmigo... por mero
divertimiento, o seriamen-
te...

Guido. Nada que sea mas
aprobable que terciar ar-
mas contigo, o en broma ó
en serio. Dame mi espada
y toma la tuya. Resolvete
esta noche la gran
cuestión de saber cual de
los dos es mas resistente.
Tu mismo te avrído quien
se acordó de esto, ¿no es así?
Ve a buscar tu durindana...

008
clauda...; de prisa!
Simone. Señor, esto es lo
más elevado de todos los sen-
telesos que me podíais.
Blanca, tráeme la espada.
Aporta el bano y la mesa.
Es preciso abrir espacio para
nuestro asalto de armas. Blan-
ca, tu asegurará la luz al
menos que el juego se tor-
ne escena grave...
Blanca. (A Guido) ¡Mata-
lo, mátalo de una vez!
Simone. Asegura la vela, Blan-
ca! (Comienzan a esgrimir)
Es un oro, señor! Ah! Ah, co-
mencéis, entoces, así? (Simone
se es herido) Es apenas un
aratazo. Fue que la luz
de la vela me turbó. No
te puedes así tan trito. Al-
reca! Esto no es nada. Es una
pequeña sangría. Tráeme

una tira de lienzo y amarra
 que la herida. ellos no aprie-
 tes mucho... cuidado... mes de
 poco, mi buena y hermosa es-
 posa, ellos no te muestran tan
 cortés nada... No, dejame el
 brazo. Que mal he de hacer
 que sangre un poco? (rasga
 el atado de del brazo) a tra ver
 cuenta. (Simone desarma al
 adversario) Ved, mi gentil se-
 ñor, que tan a rari: mi es-
 pado es mejor que la vuestra,
 de temple superior y de mas
 delgado acero. ¿si probásemos
 ahora nuestros puñales?
 Blanca (a Guido); Matalo,
 matalo de una vez!
 Simone Aprox la vela, Blan-
 ca! (Blanca aproxima la vela) Ahora,
 mi buen señor, la muerte de
 uno de nosotros, o' de los dos...
 a quien sabe si borta de nosotros

tres... (Luciano) etc, demonio!
Ya estais preso! hein! (Simone
se acerca a Guido sobre la
mesa)

Guido. Imbecil! Quitá la ma-
no de mi garganta! Me estás
estrangulando. Soy hijo pri-
mo. El Estado solo tiene, pues,
un heredero, y Kravich,
la proverbial enemiga, tan-
to espera la extinción de
mi familia, para invadir
la Republica.

Simone. "Callaos!" Será
vuestro padre mas feliz
cuanto ya no tenga un
hijo como vos. En cuanto
al Estado, no es de pre-
mura que Florencia se someta
a ser gobernada por
un adúltero. Vuestro
vida le mancharia los
lirios!

Guido. Aporta esas manos;
 quitame del cuello esas
 manos infernales! Suéltame!

Simone. No; de estas manos no
 os escaparéis; y vuestra vida se
 bapado al extremo de esta
 infamia, acabará en ella!

Guido. Oh, por piedad, un
 momento antes que yo muera!

Simone. Para qué? ¿De qué
 os serviría un momento? Con-
 fesad vuestros pecados al propio
 Dios, que iréis a ver esta misma
 noche, y para nunca man-
 daros vuestro destino es el infer-
 no! Id, pues, a contarle a
 Dios vuestros crímenes, a él,
 cuya justicia no conoce clem-
 encia, y que es el más compa-
 sivo porque es el más justo
 de los seres. Por mi...

Guido. Oh, dulce Blanca! Socorre

me, Blanca! Bien sabes que
soy inocente!

Simone. ¿Que? Aun hoy
vives en estos labios embui-
dos! Muere, miserable, como
un perro, en la lengua fuera! Mu-
ere! Muere! Y el río, en su
silencio vengador, llevará
tu cuerpo al mar, se se lo
ha de engullir entre pa-
sa siempre!

Guido! Señor Jesucristo, re-
cibe mi alma este noche!

Simone. En cuanto esto, a
men. Ahora, a la obra.

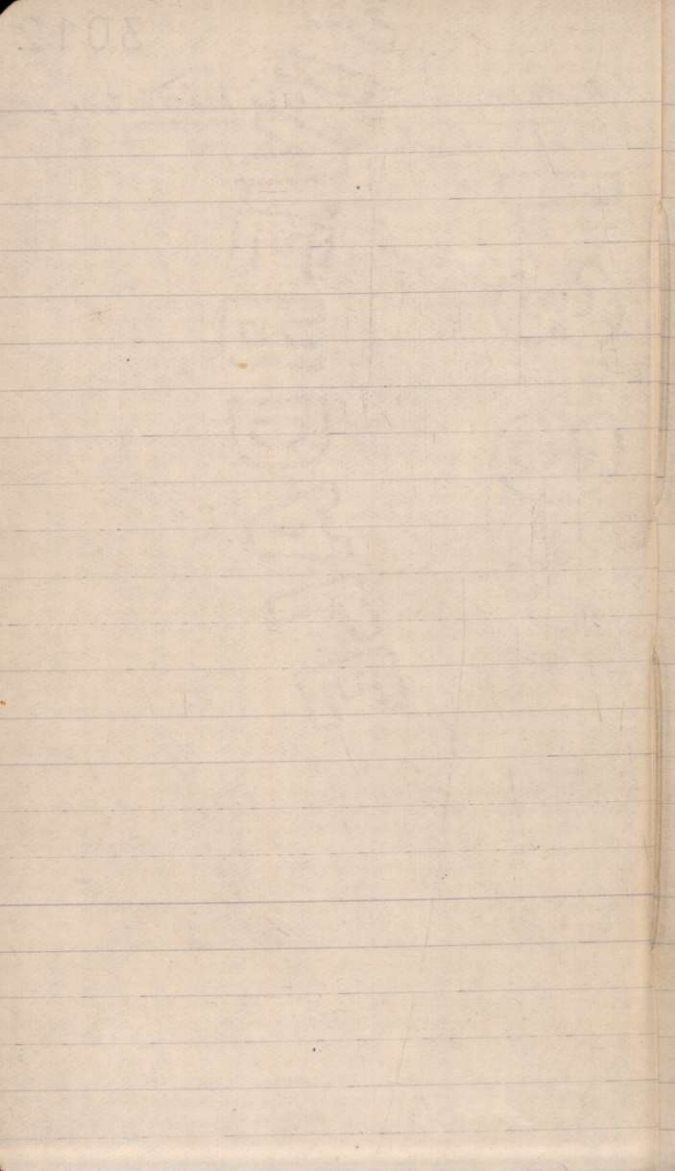
[Guido expira. Simone levan-
tándose se encara a Blanca.
Ella corre hacia el espeso, con
los brazos abiertos, como ab-
nita.)

Blanca. ¿Pues no me dijis-
te nunca que eras tan
fuerte?

Simone. Y tu, porque no
me dijiste que eras tan
bella? (La besa en la
boca)

cae al telon.

Porto-Alegre 2 Enero 1929.



Francisco Villaspesa

La Angustia de

Don Juan

(Poesía en un acto de
Minotti del Picchia)

Arreglo castellano
de

Francisco Villaspesa

Porto-Alegre 2 Enero
1929.

208
Dramatis Personæ.

Don Juan Tenorio,
Faust.

Acto único.

La noche es blanca de luar
 y el jardín blanco de mar-
 gonitas. Fausto espera á
 su amor bajo el balcón de
 Mosponita. Viene de la
 noche y de la distancia
 un cantito que se aproxima.

Escena I.

Fausto y la Voz de Don
Juan (que se aproxima con
canto)

La voz.

Mi un beso logró el deseo
 de este amor extraño y fúreo;
 carino, y sangran mis pies!
 Existe, mas no la veo;
 es bella, y no la conozco,
 y la amo, y no se finicó!
 Por ciudades, por aldeas,
 mi rino es siempre buscarte.
 Dónde estás? A dónde voy?

Siento que tu me rodeas,
mas, si estás en toda parte,
jamás estás donde estoy!
Yo te siento repartida
toda en la naturaleza,
Ayuda a quien nunca vi.
Estás dentro de la vida...
;Donde hay algo de belleza
hay siempre un poco de ti!
Oh, mi vago sueño obscuro,
llamándote el tiempo pasa...
¿Dónde estarás? Yo que sé!
Te escondes, y te procuro;
no te encuentro, y te amo, pero
jamás nunca te encontré!
Vago fantasma divino,
se siempre sombra soñada...
;No te dejes ni entrever!
;Huye, que es nuestro destino
sentir que muere la amada
si se encuentra la mujer!

(La voz cesa. Don Juan aparece
por el foro)

Escena II y Última.
Don Juan Canario y Fausto

Fausto

3015

¿Quiénes eres?

Don Juan

Soy don Juan.

Fausto.

¿Quiénte trae?

Don Juan.

Mi suerte.

Fausto.

¿Y vienes?

Don Juan

De la vida.

Fausto.

¿Dónde vas?

Don Juan

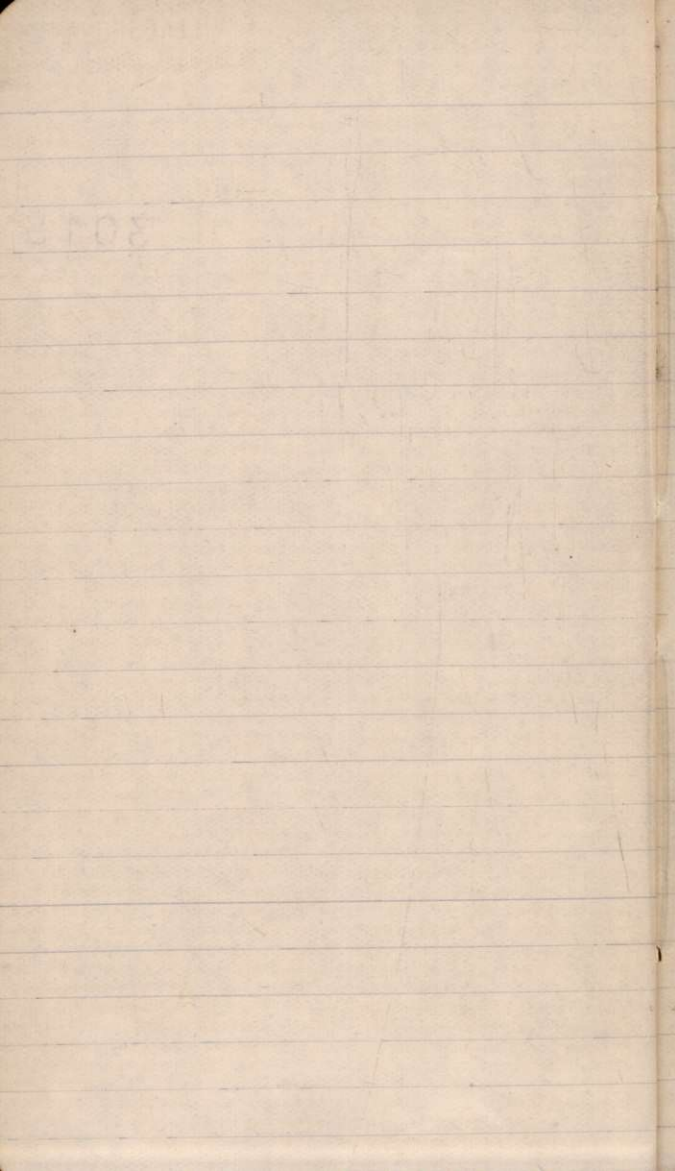
a la muerte.

Fausto.

¿Qué buscas?

Don Juan

El amor!



3016

Kausto.

Lo encontraste?

Don Juan.

No existe!

Kausto.

Estas alegre y cantas?

Don Juan.

canto popular y triste!

Y tu, eres un animal?

Kausto.

¡Casi un suicida!

Don Juan.

¡Bita!

¿Te dió la Luna amor?

Kausto.

Espero a Margarita!

Don Juan.

¿Te dió un beso?

Kausto.

Don Juan!

Don Juan.

¿Se ha reconciliado?

Kausto.

Don Juan

Porque estás aquí entonces si ella nada te dió?

Fausto

Porque me ama y callo; y pienso en mi alma
que yo la adoro, acaso, porque nunca fue mía.

Porque aun nunca he probado, en mi loco embudo,
el calor de sus labios ni el gusto de su beso.

Porque no sé, si ella, esta ardiente locura
encontrará el amor que mi alma procura.

Don Juan

Amas la indecisión?

Fausto

No sé!

Don Juan

Las propias penas?

Fausto

Tal vez en el amor yo amo el amor apenas.
Comprendes?

Don Juan

No comprendo! Todo es muy irregular.

Fausto

Oh, Don Juan desgraciado! Tu no supiste amar!

Don Juan

¿Que y como supe amar? Preguntale, si quisieres, a
si no poble el amor de todas las mujeres?
Preguntale a los floes, a en lo ardiving,
cuantas pasiones fui sembrando en mi camino
cuantos cuerpos desnudos en lubricos excesos
a flor de labios diorome la gloria de sus besos?

Kausts.

Y despues?

Don Juan

Y despues? ¿Este ansia sin remedio?

Kausts.

Tras los besos?

Don Juan

El goce!...

Kausts.

y tras del goce?

Don Juan

El tedio...

(Un silencio. Las margaritas parecen
mas blancas, bajo el luar)

Kausts. (con una voz sorda y
piadosamente)

Para el amor el tédio es igual que el absinto;
 este envenena el cuerpo, aquel mata el espíritu!
 Tus amores, Don Juan, no pasas, resucitados,
 de ciega exaltación de tus propios sentidos!
Don Juan (seismundo)

Quizas tengas razón. En mi vida sin calma
 poseí muchos cuerpos en procura de un alma.
 Pon mi era el amor un vino resiclar
 en la copa florida de un labio de mujer!...
(Desalentado)

Siempre al mismo lado, siempre mismo letargo,
 al principio muy dulce y al final muy amargo.
 Causado, en otros labios quise hallar el amor,
 y hallé en distintos vasos, siempre el mismo hervor.
 ¡Que hondo tédio sentí! Y fúéron mis empeños,
 que ninguna mujer encarnaba mi enmienda!
 Día a día crecía esta ansia incomprensible
 y, causado de amar... nunca amé a esta vida!
(Pleno de angustia)

Y el tédio me consume... Me siento tan vacío.
Mauro
 Cuéntame tus amores... Yo te contaré el mío.
Don Juan

De todos mis amores la historia es tan vulgar!
Una mujer que pasa, y, sonríe, al pasar...
acanto que suspira... mirada que no vea...
un labio que se besa... un cuerpo que se entrega...
una fiebre... un delirio... y, después de un momento
un bostezo... un cansancio y un arrepentimiento.
Fausto.

Eso no es el amor. Amor tal vez consiste
en el dolor de amar todo lo que no existe...
En la angustia de ver surgir en las distancias
el sueño que nació de nuestras propias ansias.
Todo es nada. El anhelo de un alma que suspira
tras la provocación azul de una mentira,
y que corre tras ella, en su ilusión cantando,
hasta que dor, al fin, desolada y sangrando,
sabiendo que es, ha sido y será, en su partida,
la mentira de amor la verdad de la vida.
(Silencio. Ambos absorvense en la belleza
del luar. Después, en una voz flebil, Don
Juan pregunta.)

Don Juan
No debemos cojer el beso cuando loes
con amor nos sonríe la rosa de una boca?

Fausto

No se debe...

Don Juan

Porqué?

Fausto

Porque para quien ama
 el beso es como flor al final de una rama.
 Cuando tu mano temblante corta una flor es adicte
 que al cortarla de tallo le da a la flor la muerte.
 El beso es flor estraña de místico resabio;
 si otro labio la avanza, agomita en el labio!

Don Juan

El beso? El beso es todo!... Es un contacto alado
 que al par que amamos sabe a crimen y pecado.
 Inso de nuestro instinto; alérgico, ruidoso
 de uña exaltación de todos los sentidos!
 Rebelión de la carne, en donde el alma loca,
 para hallar otra alma, desflora nuestra boca,
 y espura, y gime, y llora, y grita en agonía!

Fausto, i cronico /

Beso? Suspiro suave que se deshace en nada...

Don Juan. (desvaneciéndose)

Mientes! El beso es todo! Es fiebre, devaneo...

Vida de la esperanza,...

Jausto

y muerte del deseo!

(Rememorando y sumergido en un
ensimismamiento profundo)

¡Pobre don Juan! Un día de sol y azul, cantando
en tu patra muellelo partiste galopando,
poniendo alfs de cemento en la flor del rondero,
como en una correa unas gotas de miel,
Y al mirante cruzar rapido en tu bodega,
gemelo de la gloria y de la seducción,
el sol en la mirada, la luna en la sonaja,
la capa y el cabello tendidos a la brisa,
engañado y feliz, desahogado y risueño,
siguiendo en imposible quimera de tu mente,
tuve pena de ti, que, cantando partiste
a buscar una dicha que en la tierra no existe.

Don Juan

¡Cuántas veces seré! ¡Cuántos labios en flor
de amor hice temblar, sin hallar el amor!
Tuve en mis manos cuerpos sumisos como siervas
dónde fría, ondulaba, la angustia de mis nervios
y, cuando, ardiendo en fiebre, una mujer ardiente,

se enroscaba a mi cuerpo igual que una serpiente,
clavándose en la boca del beso, y blanca y tibia
yo sentía su carne palpitante de las aríes,
en la eclosión suprema de mi tedio zahereno,
a la mujer dejaba, y buscaba mi muerte!

Fausto

Fui más feliz que tú, don Juan! Pues cierto día,
asombrados los ojos, trémulos de alegría,
encontré a Margarita, de pronto, reflejada
de un aureo espejo mágico en la luna encantada.
De amor subyugada se estremeció de gozo
en mi cuerpo de viejo, mi alma vivas de mozo.
Dicen que fui Rubel quien, ciego de pasión,
dió a mi vejez de súbito mi antigua mocedad.
¡Mientras! Cuando el amor en el pecho palpita
toda nuestra floida juventud resucita.
Si el un cuerpo muerde, falta ninguna haza,
mas para amar, bastábame, un alma cual la mía.
Recordando unos instantes, mientras Don
Juan se ensimismaba
Un día, a Margarita la sorprendí al pasar
una flor de su nombre deslizando al viento.
Tal vez, si yo la amaba, preguntaba en modo

La tierra, el mar, el cielo, la luz, la sombra, todo
debió decirle, viéndola tan candida y tan bella,
que ninguna mujer era amada cual ella!
Hoja a hoja, nerviosa, la flor despetaleaba.
Me quiere?... No me quiere?... Reía... Suspiraba...
La flor deshojaba encendida en sonrisas...
De la flor la respuesta...

Don Juan (conduyendo)

Se la dieron tres ojos!

(con un bostero)

Corta historia y anisal, como todos, vulgar:
'llarganiza... una flor... suspiros... un mirar...
Vicio y eterno amor, fue, en el pecho en que pasa,
prende la misma llama, dice la misma cosa!
Buscale en cualquier cielo, prueba de su pasión,
y has de hallar ese amor en todas las mujeres!

Fausto.

Pero, Don Juan, al fin, ¿tu sueño que deseas?

Don Juan.

Algo sutil que nunca sepa y lo que sea...
Algo tan vasto anhelo que no puede caber
dentro de lo angustioso de un cuerpo de mujer.

Fausto

No es cierto. En nuestra vida miserable y finita
 todo Fausto, don Juan, tendrá su Margarita.
 Vivirla, no poseerla, es vano desatino.
 La que ha de venir viene por su propio destino.
 Un día, casualmente, la encuentras, rubia y bella;
 la reconoces: "Eres tú? - Yo soy!". Y es ella!
 Quien es? De donde viene? De la sombra: la aurora.
 Quién sabe donde viene la mujer que se adora?
 Nadie sabe... del cielo? o de las ondas brava?
 Solo sabes, pues, era la mujer que esperabas!

Don Juan

Yo esperé en vano siempre.

Fausto.

Mar de un hoy que tiene
 el hado de esperar a aquella que no viene!
 Y en el ansia de hallarla, engatados, brazos,
 creyendo que posee a aquella que deseca,
 siervos de la ilusión que la vida les trunca
 contra el amor blasfemo, que también muerde!

Don Juan

(transfigurado)

Nunca comprenderás el placer que consiste
 en amar, más no amo, a un amor que no existe!

208
Plasmela en mi interior y fui mi única electa.
Llamase en mujer la Bellera Perfecta!
La amada de Don Juan... los resurren fúndido
de todo cuanto hay de bello en este mundo;
las estrellas se apagan al verla... Es el mejor
poema de curvas rítmicas que ha compuesto el amor.
En su cuerpo divino y humano al por en cierra
todas las perfecciones del cielo y de la tierra.
Nunca comprenderás este ducito exaltado;
el amor, como Osiris, existe mutilado...
La amada que he soñado la encuentro, más que quise;
vive diseminada en todas las mujeres!
Lieute, viendo unos senos, ó mirando unos brazos,
que la mujer que adoro está hecha de pedrosos!
Existen todas partes, y cada mujer bella
en su cuerpo aprisiona alguna cosa de ella!
Esta guarda sus ojos; esa, sus carnes blancas;
esta el dorso; y la otra, la fuga de sus ancas;
formando de una el tórax ó la línea videlicet;
de esta el corte del labio; de aquella, una sonrisa;
yo, fragmento a fragmento, a mi amada diré,
pues en cada mujer hay algo de mi sueño!
Telón.

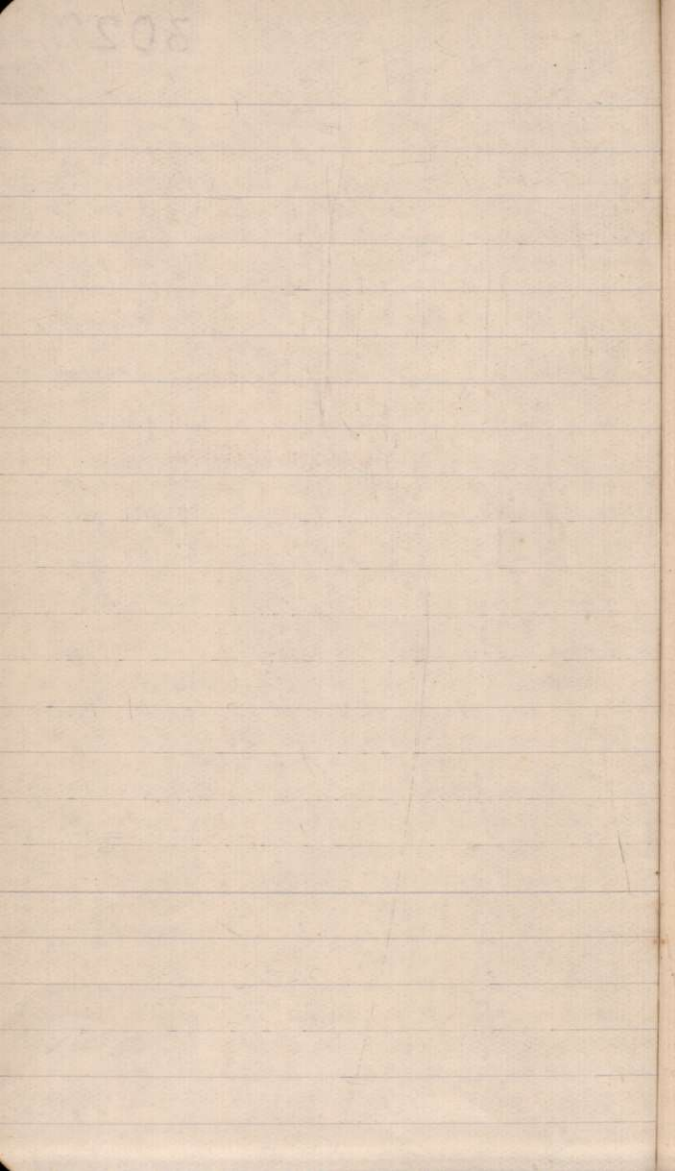
Porto Alegre 2 Enero 1927.

Una tragedia florentina
(Oscar Wilde)

La agonía de Don Juan.
(Menotti del Picchia)

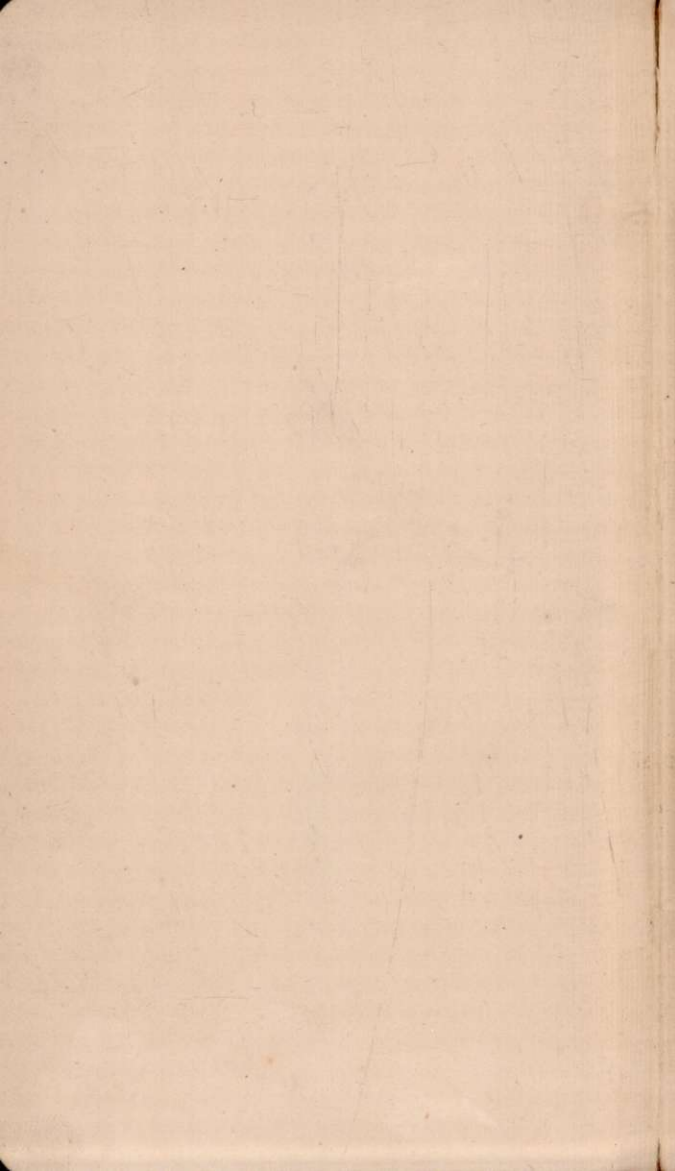
AYUT.º ALMERIA
F. VILLAESPEA
Donación: A. MORENO

(6)



AYUT.º ALMERIA
F. VILLAESPESA
Donación: A. MORENO

3023



3024



